

DC276

I4

v.2

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

---



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155579

## NAPOLEÓN III Y SU CORTE

---

### I

#### EL EMPERADOR EN 1853

La Rochefoucauld, el autor de las *Máximas*, ha escrito «que se necesita mayor virtud para sostenerse en la buena que en la adversa fortuna.» En el tomo anterior hemos relatado los destierros, las desgracias, las decepciones, los sinsabores de Luis Napoleón. En este nos ocuparemos de sus alegrías y de sus triunfos.

En la época de su casamiento el segundo emperador era un hombre feliz, á quien todo sonreía: no parecía sino que había hecho pacto con la fortuna. Sólo tenía un disgusto: el de que su madre la reina Hortensia, que sin dejar de censurar su insensata expedición de Estrasburgo, no había cesado de consolarle y de animarle en las horas en que todos le abandonaban, le injuriaban y renegaban de él, no viviera para presenciar su triunfo.

Napoleón III no tenía en la vida privada ese aspecto melancólico y triste con que le ha representado Flandrin en un retrato célebre. Amaba la vida, le gustaba el poder, se interesaba por todo y no le hastiaba nada. Enamorado á los cuarenta y cuatro años como un joven de veinte, profesaba verdadera pasión á su mujer. Al contemplarla, habría repetido de buen grado la frase de La Bruyère: «Un rostro bello es el más hermoso de todos los espectáculos, y la armonía más dulce el sonido de la voz de la mujer amada.»

El segundo emperador, que siempre había sido ambicioso, gozaba de su nueva situación tanto más cuanto que era su único autor y el único también que la había predicho cuando todo el mundo consideraba sus proyectos como ensueños de un alucinado.

El proscrito tan escarnecido, elevado ya al trono, tenía al principio de su reinado un prestigio del que no es posible formarse una idea ahora que su figura aparece entenebrecida por las catástrofes finales. El Napoleón de 1853 no se parece en nada al Napoleón de 1870.



Uno de los mayores genios modernos, Lamartine, se ha expresado así al hablar del segundo emperador (*Memorias*, tomo IV, libro XXII): «Después de una primera conversación seguida de otras muchas en circunstancias graves, reconocí, á pesar de mis prevenciones contra su nombre, que era el hombre de Estado más formal y más inteligente de cuantos he conocido en mi larga vida de trato con hombres de Estado. Hablaba de él á todos aquellos de mis colegas que, sabiendo mis relaciones con él é interrogándome confidencialmente, me pidieron mi parecer. — Mi opinión es, les dije, que la Providencia, más sabia que nosotros, nos ha deparado un hombre que me parece superior á su misión. No os figuréis burlaros de semejante hombre. Por azar ó por inspiración, el pueblo ha echado mano de un gran nombre para la historia. — Algunos me creyeron. Yo no le adulaba. Su silencio, fuera de las ocasiones ordinarias, dejaba á las medianías en la duda. Yo no vacilé mucho tiempo en juzgarle muy superior á su tío, que fué el primer soldado, pero uno de los más insignificantes hombres de Estado de su siglo.»

Si el fundador de la segunda República opinaba así de Napoleón III, fácil es adivinar cuántas lisonjas le prodigarían sus servidores y cortesanos. A decir verdad, tuvo el mérito de no dejarse embriagar por su incienso y de conservar en la prosperidad la calma absoluta que jamás le abandonó en la adversidad. No abusó de su victoria y procuró hablar y obrar como jefe, no de los imperialistas, sino de todos los franceses. Napoleón I había dicho: «Gobernar con un partido es ponerse tarde ó temprano bajo su dependencia. No haré yo eso: yo soy nacional. Me valgo de cuantos tienen capacidad ó voluntad para marchar conmigo.» Napoleón III dijo: «Quiero inaugurar una era de paz y de conciliación, y llamo sin distinción á cuantos deseen contribuir conmigo al bien público.»

Habría tenido especial empeño en atraerse á los republicanos, porque por sus tendencias personales era progresista más bien que conservador, hombre de la izquierda más bien que de la derecha.

Fundador de un imperio autoritario, dejaba ya presentir en 1853 que este imperio sería liberal. En el discurso de la corona pronunciado el 14 de febrero se hallaba este curioso pasaje. «A los que lamenten que no se haya concedido más amplitud á la libertad les contestaré que la libertad jamás ha ayudado á fundar un edificio político duradero, sino que lo corona cuando el tiempo lo ha consolidado.» Y terminaba así este discurso: «Demos gracias á la Providencia por la protección visible que ha concedido á nuestros esfuerzos. Perseveremos en esta vía de firmeza y de moderación que tranquiliza sin irritar, que conduce al bien sin violencia y previene así toda reacción.» Napoleón III no era hombre de partido, sino un filósofo coronado que desempeñaba su papel de soberano con sencillez y triunfaba modestamente. Quería sinceramente el bien, el progreso, la concordia.

La confiscación de los bienes de la familia de Orleans fué quizás su único acto contrario á la política de conciliación que, después de las violencias del



Napoleón III. — Cuadro original de Alejandro Cabanel, grabado de H. Udlard



golpe de Estado y de las injustas deportaciones que lo siguieron, llegó á ser el fondo de su sistema.

Al examinar al segundo emperador tal como era al principio de su reinado, vamos á plantear las cuestiones siguientes:

¿Napoleón III era bueno?

¿Era generoso?

¿Quería al pueblo?

¿Era laborioso?

¿Era religioso?

¿Era pacífico?

¿Napoleón III era bueno? Sus mismos adversarios han reconocido su bondad: era su principal cualidad, la que predominaba sobre las otras. Emilio Zola resume así el retrato que traza de él: «En el fondo era un buen hombre acosado de ensueños generosos, incapaz de cometer una mala acción y muy sincero en la inquebrantable convicción que le guía al través de los sucesos de su vida y que es la de un hombre predestinado para una misión.» Emilio Ollivier insiste en los términos siguientes en el atractivo que ejercía el carácter afectuoso del monarca: «Era capaz de ser buen amigo. Jamás se le ha oído hablar bien de sí mismo y mal de los demás. Su mirada, apagada ó severa para los indiferentes, era viva, agradable para los amigos y tenía un brillo afectuoso que cautivaba..... La bondad era el rasgo principal de su carácter, una bondad constante, incansable, inextinguible, que no distinguía entre grandes y pequeños, entre amigos y enemigos, bondad que enternecía y que quizás era incompatible con las inflexibilidades necesarias á los llamados á dirigir hombres. Por su espíritu tenía algo de Marco Aurelio y algo también de San Vicente de Paúl. Yendo de paseo cuando joven, un mendigo le pidió limosna, y como no llevase dinero, le dió sus guantes, su pañuelo y la cadena del reloj.» Su afabilidad era grande y la igualdad de su humor inalterable. Tan atento y cortés para el último de sus servidores como para un gran señor ó un soberano, quería que á su alrededor no hubiera nadie desgraciado. Fué el amo más fácil de servir. Las personas que han vivido á su lado durante su reinado no recuerdan que haya tenido un arrebato de cólera ó un arranque de impaciencia.

«El emperador, ha dicho Ernesto Pinard, era agradecido; jamás olvidó ningún favor que se le hiciera y procuró centuplicar la recompensa. A menudo se admiraba de que los Borbones hubieran hecho tan poco por la Bretaña, por la heroica Vendée y por los descendientes de las víctimas de Quiberón. En amistad era enteramente leal, más por naturaleza que por cálculo; así fué que colmó de favores á los que le habían sostenido en los días adversos y en los de peligro.» Premiaba con largueza á sus cómplices de Estrasburgo y de Boulogne, pero también recompensaba á los que habían cumplido con su deber contribuyendo á aprisionarle. Según lo ha recordado Fernando Giraudeau en su notable obra *Napoleón III íntimo*: «A M. Chopin de Arnouville, que era prefecto del Bajo

Rhin cuando su tentativa de Estrasburgo, le confió muchas comisiones, y nombró á su hijo abogado general en París. El del subprefecto merced á cuya energía había abortado tan rápidamente su segunda tentativa, fué desde 1852 uno de sus más leales prefectos. Nombró oficial de la Legión de Honor al alcalde de Boulogne que tan activamente cooperó á su detención, y caballero al gendarme que fué el primero en echarle mano.» En resumen, el emperador era humano, compasivo y olvidaba las injurias. Había meditado estas hermosas palabras de Bossuet: «Cuando Dios formó el corazón y las entrañas del hombre, puso ante todo en ellas la bondad como carácter propio de la naturaleza divina y para que fuera como la marca de esa mano bienhechora de la que salimos. La bondad debía constituir el fondo de nuestro corazón á la vez que el primer atractivo que tuviéramos en nosotros mismos para granjearnos la voluntad de los demás hombres.»

¿Napoleón III era generoso? Puede decirse que lo fué hasta la prodigalidad. El día del golpe de Estado mandó repartir á las tropas cincuenta mil francos, es decir, todo cuanto le quedaba de su fortuna. Ya emperador, jamás se le ocurrió la idea de amontonar tesoros. Daba á sus amigos, á sus enemigos, á los indiferentes, á todo el mundo. Se consideraba como usufructuario de los palacios imperiales y como obligado á hacer que la Francia los aprovechara más que él mismo. Los habitaba semejante á un viajero que, instalado en una casa de huéspedes sin saber por cuánto tiempo, hace en ella el mayor gasto posible. Por lo único que le gustaba tener dinero era por darlo. Tenía un placer especial en favorecer pecuniariamente á sus adversarios, y como desde luego no contaba con el agradecimiento de las personas á quienes otorgaba sus beneficios, no apetecía en la limosna otra recompensa más que la limosna misma. Todos los meses gastaba hasta el último céntimo de su lista civil, que era de veinticinco millones de francos anuales. Había pedido que no fuera más que de doce millones; pero sin que él lo supiera, y merced á una estratagema de M. de Persigny que hizo creer al Senado, contra lo que era verdad, que el soberano deseaba un sueldo de veinticinco millones, fijóse por un senadoconsulto en esta cantidad, de la cual se valió únicamente el emperador para hacer prosperar el comercio, fomentar las letras, las artes y las ciencias, y socorrer á los menesterosos.

¿Napoleón III quería al pueblo? «Sobre todo, ha escrito M. de la Gorce en su magistral *Historia del Segundo Imperio*, amó al pueblo, no especialmente al suyo (porque era más humanitario que patriota), sino á todos los pueblos, es decir, á los pobres, á los débiles, á los desheredados.» Aumentar todo lo posible el bienestar moral y material del mayor número fué el principal objetivo de su política interior.

Interrogaba á todo el mundo para saber lo que se podría hacer en favor de las clases necesitadas, y al punto recibía, escuchaba y animaba á cualquiera que le proponía una reforma social de aspecto práctico. La publicación de las cuentas de su lista civil ha demostrado que era literalmente la de los pobres.



Al vencer cada plazo de alquileres, aseguraba á sus expensas, por mediación del prefecto de policía, un asilo á los inquilinos desahuciados ó evitaba el desahucio, pagando los alquileres atrasados.» Léese en el *Diario* de Ernesto Pinard: «El emperador mandaba á llamar con frecuencia al consejo ó después del consejo al prefecto del Sena ó al de policía, y lo hacía para que estudiasen con sus ministros una serie de medidas en favor de las clases poco acomodadas. Tratábase de desempeñar en ciertas fechas los objetos del Monte de piedad, de disminuir los derechos de consumos sobre los artículos de primera necesidad, de rebajar el impuesto mobiliario sobre los alquileres de poco precio.»

Citemos por último estas líneas de A. Granier de Cassagnac:

«La primera y capital preocupación de Napoleón III fué el problema de la miseria: no esperaba suprimirla, pero se empeñó en mitigarla. — Toda persona á quien proporciono desahogo, me decía, es un recluta que arranco á las teorías del socialismo. — Pero no veía más que tres manantiales fecundos de los que pudiera brotar ese desahogo: el trabajo, la vida de familia, las aspiraciones morigeradas y limitadas por la religión..... Quería á toda costa impulsar los trabajos del campo... Con la misma pasión quiso mejorar la condición de los obreros de las ciudades..... Toda Europa sabe hoy que el emperador ha muerto pobre, pero lo que no se sabe suficientemente es la causa de su pobreza. Pues bien, esta causa es la siguiente: el emperador, por espíritu de generosidad, se había despojado á sí mismo. En diez y siete años y medio de reinado, ha dado noventa millones de francos.»

En resumen, Napoleón III amó al pueblo y se mostró siempre indulgente con sus extravíos. Desde 1849, pidió dos veces al Consejo de ministros la amnistía en favor de los insurrectos de junio de 1848, deportados sin formación de causa y en montón en virtud de una ley de la Asamblea nacional. A pesar de ser tan justa esta amnistía, sus ministros de aquel tiempo la negaron dos veces.

En cuestión de amor al pueblo, ¡cuántos republicanos hubieran podido recibir lecciones del segundo emperador! Ha sido el amigo de los obreros, de los campesinos, de los pobres: su mayor honor en la historia será su abnegación por la causa del proletariado.

¿Napoleón III era laborioso? Fuera de las horas de comer y de un corto paseo en coche ó á caballo, trabajaba todo el día y á menudo también toda la noche. Leía todas las cartas y todas las peticiones que se le dirigían. Nunca dejaba de presidir el Consejo de ministros que se reunía en las Tullerías ó en Saint-Cloud los martes y sábados de cada semana á las nueve de la mañana. Estudiando con el mayor cuidado todos los asuntos interiores y exteriores, leía gran número de periódicos y un análisis diario de los despachos diplomáticos hecho en el ministerio de Negocios extranjeros. Siempre redactaba él mismo sus mensajes y los discursos de la corona, escritos con rara elevación de miras y de estilo. Estando en relaciones personales con muchos periodistas, era su inspirador y, en

realidad, su colaborador. Por más que se haya asegurado, el placer ocupaba en su vida un puesto secundario. Trabajó en las Tullerías y en Saint-Cloud tanto como había trabajado en la universidad de Ham, conforme llamaba á la prisión en que completó su educación política. Escritor distinguido, se ocupaba con interés en literatura y sobre todo en obras de historia. Versado en las ciencias, seguía con la mayor atención sus progresos y sus descubrimientos. Durante su reinado, los escritores recibieron de él dos millones doscientos mil francos, y los eruditos ó inventores dos millones y medio. Pocos hombres han tenido conocimientos tan variados ni han removido una masa tan considerable de ideas. En resumen, el emperador era muy laborioso, muy activo, y podemos asegurar sin temor de ser exagerados que pocos soberanos desempeñaron su cometido con tanto celo y conciencia como él.

¿Napoleón III era religioso? Ernesto Pinard ha escrito en su interesante *Diario*: «Algunas veces he oído preguntar si era religioso ó fatalista, y creo poder contestar que fué lo uno y lo otro: así lo entienden los que más lo han conocido. No hay contradicción entre estos dos juicios, y esta doble propensión la han tenido muchos hombres superiores.» En 1852, una eminencia del partido católico le envió un informe sobre la libertad de enseñanza, al cual respondió: «Mi madre me ha educado en la religión católica y permaneceré fiel á mis creencias.»

Nadie acusó de clericalismo al gobierno imperial, á pesar de favorecer al clero y á las órdenes monásticas. El origen popular de la dinastía le preservaba de las recriminaciones dirigidas en tiempo de Carlos X contra la teoría de la alianza del trono y el altar.

El elegido de los plebiscitos podía hacer lo que hubiera sido muy difícil á todo monarca de derecho divino, y así lo ha hecho observar acertadamente F. Giraudeau: «Si uno de estos príncipes hubiese dicho: — La religión es la base de todo gobierno que esté á la altura de su cometido; — si hubiera afirmado «los grandes principios del cristianismo que nos enseñan la virtud para vivir bien y la inmortalidad para morir bien;» si hubiera devuelto el Panteón al culto, nombrado senadores á los cardenales, facilitado el desarrollo de las congregaciones religiosas, restablecido los capellanes del ejército y de la armada, creado los de las últimas preces, hecho decir misa en los campos, recomendado el descanso dominical por una circular ministerial, dispuesto que predicaran los sermones de Cuaresma en las Tullerías sacerdotes extranjeros como el P. Ventura y jesuítas como el P. Ravignán; si hubiera permitido á los prelados comunicarse libremente con la Santa Sede y entre sí, restablecer los concilios provinciales hacía largo tiempo suprimidos, prohibir la doctrina de 1682 y adoptar la liturgia romana; si no se hubiera detenido nunca en una población sin que su primera visita fuera para la catedral y su primera palabra para Dios, el público levantisco ¿no habría denunciado al punto sus tendencias «clericales» y tratado de producir una reacción en sentido contrario? Pero procediendo de un Bonaparte, ta-



les actos, semejante lenguaje, no suscitaban ni un gesto, ni una burla; antes al contrario, merecían la aprobación general.»

Andando el tiempo, la cuestión de Roma alteró un tanto la buena inteligencia entre el emperador y el clero; pero en 1853 esta inteligencia era completa. El obispo de Amiéns, Monseñor de Salinis, declaraba entonces que el Imperio daba á la Iglesia «la mayor libertad de que había disfrutado desde la época de San Luis.» Al poner la primera piedra de la catedral de Marsella el jefe del Estado había dicho: «Mi gobierno es el único que ha sostenido la religión por sí misma, y la sostiene, no como un instrumento político y por agradar á un partido, sino únicamente por convicción, por amor del bien que inspira y de las verdades que enseña.» Agreguemos que en 1853 el emperador, lejos de dar escándalos como los que dieron Luis XIV y Luis XV, llevaba una vida privada irreprochable y que á la sazón era el más cariñoso y fiel de los maridos.

¿Napoleón III era pacífico? ¡Ah! No lo fué bastante. Parecía serlo sinceramente en 1853, el año más próspero y feliz de su reinado. Al abrir las cámaras el 14 de febrero, el emperador dijo en su discurso de la corona: «El gobierno piensa, ante todo, en administrar bien la Francia y en tranquilizar la Europa....» Cuando Francia expresa la intención formal de permanecer en paz, hay que creerla, porque es bastante fuerte para no temer y, por consiguiente, para no engañar á nadie. En prueba de sus intenciones, anunció al mismo tiempo una reducción de veinte mil hombres en el efectivo del ejército, reducido ya en otros treinta mil en 1852.

Sin embargo, desde 1853 los observadores perspicaces hubieran podido prever que las ideas del soberano no serían siempre pacíficas. El 20 de septiembre, después de pasar una revista en Satory, dirigió á las tropas este discurso significativo: «En los tiempos difíciles, ¿quién ha sostenido los imperios si no esas reuniones de hombres armados sacados del pueblo, sujetos á la disciplina, animados del sentimiento del deber, y que conservan en medio de la paz, *en la que generalmente el egoísmo y el interés acaban por enervarlo todo*, esa abnegación por la patria fundada en la abnegación de sí mismo, ese amor de la gloria basado en el desprecio de las riquezas?» Conquistar para Francia sus fronteras naturales, separar unas de otras las potencias que se habían coligado contra Napoleón I, devolver á las naciones el derecho de disponer de su suerte, tales eran las ideas que asediaban ya la imaginación del segundo emperador, pero que aún tenía la prudencia de disimular. Acostumbrado en tiempos del gobierno de Luis Felipe á oír á la oposición declamar contra lo que llamaba la paz á toda costa y á revolverse contra la Santa Alianza que, desde el fin del primer Imperio, hizo menos daño á Francia de lo que se ha supuesto, estaba ¡ay! destinado á agravar los tratados de 1815 por haber querido destruirlos. Añadamos que el estado de ánimo de la Francia actual no se parece en nada al de la Francia de principios del segundo Imperio. Hoy una experiencia cruel nos ha enseñado lo que cuesta una guerra desastrosa. En 1853, la Francia, mecida por la

leyenda de la epopeya, se creía invencible. Los oficiales, ganosos de ascensos, no soñaban más que con peligros y gloria. Napoleón III iba á dejarse arrastrar por una corriente militar, cuando hubiera debido tener la cordura y la fuerza de hacerla retroceder. Insistimos en creer que el discurso de Burdeos habría sido, no sólo para Francia, sino para la Europa entera, el mejor y el más fecundo de todos los programas. El primer emperador había sido el Napoleón de la guerra: el segundo hubiera debido ser el Napoleón de la paz.